

La figura de Eros en la literatura y en el arte helenísticos

Estudiar un punto concreto de una cultura desde dos ángulos distintos, en este caso literatura y arte, es siempre una tarea interesante, y tratándose de la cultura griega lo es todavía más si se tiene en cuenta que “en Grecia la función del artista y del poeta suelen coincidir. Uno y otro son valorados en cuanto contribuyen a la “educación” del ciudadano, esto es, en cuanto realizan una función social”.¹

El punto que en particular nos interesa aquí no es el “eros” en general, ese sentimiento irracional que Platón había definido con tanta exactitud en el *Banquete* y que luego se asimiló a la divinidad tradicional Eros, ni tampoco los érotos,² esos amorcillos que se esparcen profusamente en las artes plásticas y luego en la literatura y que no tienen más importancia que la necesidad de aquellas por llenar espacios vacíos, sino la figura del dios, tal como ha sido descrita y modelada por poetas, novelistas, escultores y pintores.

Eros es el dios del amor. P. Grimal en su *Diccionario de la mitología griega y romana* lo define como sigue: “su personalidad, muy variada, ha evolucionado grandemente desde la era arcaica hasta la época alejandrina y romana. Eros es considerado como un dios nacido a la par que la tierra y salido del caos primitivo y, como tal, era adorado en Tespias, en forma de una piedra bruta. O bien Eros nace del huevo original, el huevo engendrado por la noche, cuyas dos mitades, al separarse forman la tierra y su cobertura el cielo. Por eso Eros seguirá siendo siempre, incluso en los tiempos de los adornos alejandrinos de su leyenda, una fuerza fundamental del mundo... Contra la tendencia a considerar a Eros como uno de los grandes dioses, se eleva la doctrina presentada en forma de mito por Platón en el *Banquete*, doctrina que pone en boca de una sacerdotisa de Mantinea, Diotima..., según la cual Eros es un genio intermediario entre los dioses y los hombres, nacido de la unión de Poros (el recurso) y Penía (la pobreza)”.

1. Cfr. J. ALSINA, *Literatura griega*, Ed. Ariel, Barcelona, 1967, pp. 277-290.

2. Existe un trabajo de T. G. ROSENMEYER, “Eros-Erotos”, *Phoenix*, V, 1, 1951, en el que se aborda el problema de la pluralización comparándolo con el de otras divinidades como Musa, Hora, Cíclope, que en un principio eran una sola y luego se multiplicaron. Rosenmeyer considera esta pluralización como una humillación y expone las teorías de varios helenistas

al respecto. A nosotros nos parece que la razón de la aparición de los érotos responde simplemente a una necesidad de las artes plásticas como exponemos arriba. Por otra parte, la comparación de Eros con otras divinidades no es demasiado adecuada, puesto que las razones son muy distintas en cada caso. Véase, por ejemplo, la tesis doctoral de Raul Miguel ROSADO FERNANDES, *O tema das Graças na poesia clássica*, Paris, Les Belles Lettres, 1962.

Se le atribuyen también otras genealogías como hijo de Hermes y Afrodita, o de Ares y Afrodita, o de Hermes y Artemis:

¿No ama su madre a Ares y no es ella esposa de Hefesto, repartiéndose así el fuego y el hierro? Y la madre de su madre no es el mar que bajo el látigo de los vientos ruge ferozmente? Su padre, Nadie, hijo de Nadie. He aquí porque de Hefesto tiene el fuego, su cólera a las olas se asemeja, de Ares las armas surcadas de sangre.³

Así se pregunta y responde Meleagro sobre el tan discutido origen de Eros, aplicando los efectos de sus intervenciones a los atributos de Hefesto, dios del fuego, de Ares, el de la guerra, y el del mar. A este último se refiere el poeta cuando se interroga:

Es un misterio para mí cómo habiendo surgido de la humedad a través de las olas resplandecientes, Cipris, has podido engendrar el fuego.⁴

Eros es uno de los grandes dioses griegos. Se ha dicho repetidas veces que en la época helenística parece que los dioses pierden su grandeza, pero, sin embargo, no estaban del todo olvidados. Abundaban las religiones, tanto nacionales como extranjeras. Se ha hablado de ausencia de calma teniendo en cuenta las incertidumbres de la época. En realidad, lo que una era de cosmopolitismo busca sobre todo es la emoción, la exageración aguda o lánguida de los sentimientos afectivos. Nunca la belleza sensual de las estatuas de Afrodita, de Eros y de Baco adolescentes ha sido desvelada con más complacencia; nunca se ha dado más honor al aire desenfadado de esos dioses siempre jóvenes, de esos genios hechos para ser suspendidos entre cielo y tierra, con los que Praxíteles había poblado ya un mundo de ensueño.⁵

No, los dioses no están olvidados; únicamente ha cambiado el sentido de la religiosidad: las leyendas divinas y heroicas no se pueden considerar ya religión, sino mitología en el sentido moderno. Lo divino se sitúa ahora en el interior del hombre, como dos siglos antes había dicho Sócrates. El hombre se siente más cerca de los dioses y el artista los representa más jóvenes, más humanizados, tan jóvenes a veces que Eros se vuelve un niño, como tantos otros niños helenísticos, muy del gusto de la época. Rosenmeyer, en el trabajo antes citado, dice que Eros se convirtió en un niño porque los sucesores de Píndaro, incapaces de restablecer contacto entre ellos y el dios del amor, se volvieron más interesados en su genealogía. Cuando su nombre era mencionado, no era ya el hijo de tal o cual diosa, sino el niño "por excelencia".

La figura de Eros en la época helenística deviene una de las más familiares entre los escritores y artistas, y es que en ella confluyen dos rasgos fundamentales que entonces estaban en boga: niño y amor. De Eros niño ya hemos dicho algo y algo más diremos; de Eros, dios del amor, creemos con Lesky⁶ que "la hege-

3. *Antología Palatina* V, 180.

4. A. P. V, 176.

5. Cfr. Ch. PICARD, "El mundo helenístico

y Roma antes de Sila", en *El arte y el hombre*, Ed. Planeta, Barcelona, 1966, p. 340.

6. *Historia de la literatura griega*, trad. esp. Ed. Gredos, Madrid, 1968.

monía ilimitada en la novela se debe a la larga vigencia de los motivos eróticos en la poesía helenística” o, como cree Galiano, el amor es el único rasgo humano de los héroes de la novela griega... “no podían tener otro, porque el hombre helenístico, al que faltan los ideales políticos y la fe religiosa, está solo consigo mismo en un angustioso desamparo interior que le obliga a abrazar sin cielo ni tierra a la vista lo que tiene más cerca, la persona que comparte con él los avatares de este largo y azoroso viaje que es la vida”.⁷ Y no sólo en la novela aparecen los temas amorosos. Galiano analiza en su trabajo los temas eróticos de la comedia nueva de Menandro, el amor de burdel que comienza con los mimos de Herodas, las parejas idílicas de jóvenes enamorados que aparecen en Teócrito, el amor apasionado de Medea por Jasón del libro III de Apolonio, acabando con el amor ingenuo y natural de los héroes de la novela griega Dafnis y Cloe. Y no habla Galiano del epigrama erótico, uno de los géneros más difundidos entre la literatura de estas centurias y que por otra parte dio muchos y buenos poetas como Meleagro, Asklepiades o Leonidas de Tarento. El amor realmente es el gran tema de la época helenística con todos sus grados y matices, y sigue en pie incluso hasta los tiempos del cristianismo, en que chocan ruidosamente el eros natural y pagano con el agapé preconizado por los cristianos.⁸

Pero volvamos a Eros, el dios-niño. Las estatuillas de tierra cocida de Tanagra, Mirina, Esmirna y otros lugares nos presentan al pequeño Eros generalmente con alas, ya volando como el de Priene, ya en reposo como los de la escuela de Lisipo, ya corriendo como el de Tarento. Todos ellos tienen el pelo rizado y sus facciones en general coinciden con las descripciones que hacen de él los poetas, siendo probable que éstos se basaran en aquéllas para su descripción. Podemos compararlas, por ejemplo, con lo que dice Mosco de Siracusa, poeta bucólico del siglo II a. C., quien ofrece unas buenas referencias de Eros cuando éste se ha escapado de casa de su madre y ella lo reclama como un heraldo va por las calles ofreciendo recompensa por los objetos perdidos, contrastando su debilidad aparente con los males terribles que produce:

Su piel no es blanca, sino semejante al fuego; sus ojos penetrantes y ardientes; mal corazón, dulce habla; no piensa lo mismo que dice; palabras zalameras, amargos pensamientos; es un salvaje, embaucador, mentiroso, niño travieso, de juegos crueles. Tiene la cabellera rizada, el rostros atrevido. Sus manecitas son diminutas, pero disparan a lo lejos, disparan hasta el Aqueronte, hasta el palacio del Hades. Todo su cuerpo desnudo, pero su espíritu bien envuelto. Alado como un pájaro vuela de uno a otro ya hombres ya mujeres, y se posa en sus corazones. Tiene un arco minúsculo, sobre el arco una flecha, pequeña es la flecha, pero llega hasta el cielo. En su espalda un carcaj de oro, dentro están

7. *El descubrimiento del amor en Grecia*, Cuadernos de la Fundación Pastor, Madrid, 1959, pp. 205-227.

poesia greca, “La nuova Italia” editrice, Florencia, s. d., apunta esta idea refiriéndose a Longo, pp. 463 sig.

8. MARTINAZZOLI en *Ethos ed Eros nella*

las cañas amargas, con las que a menudo me hiere.
 Todo esto es cruel, mucho peor es su antorcha;
 es una llama débil que inflama al mismo sol.⁹

En este poema parece que se inspiró Meleagro para un epigrama en el que recurre al mismo procedimiento:

Proclamo a Eros, el salvaje. Hace poco, muy poco,
 esta mañana, ha salido de mi lecho volando.
 Es un niño de dulces lágrimas, charlatán, agudo, intrépido,
 ríe por su nariz chata, tiene alas en la espalda, lleva un carcaj,
 Su padre no sé decir quién es: ni el Cielo
 ni la Tierra dicen haber engendrado a este revoltoso, tampoco el Piélagos.
 Por todas partes y por todos es odiado. Vigílad,
 no sea que tienda sus lazos a vuestras almas.
 Helo aquí, junto a la madriguera. No me pasas inadvertido,
 arquero, ocultándote en los ojos de Zenofila.¹⁰

Mosco y Meleagro conocían muy bien a Eros. Por supuesto debieron estar enamorados y tuvieron ocasión de probar alguna de sus diabluras, pero sobre todo Meleagro le dedica una gran cantidad de epigramas en los que declara su amor apasionado por Zenofila, del que es culpable la pequeña divinidad. En una ocasión, harto de las tretas del pequeñuelo, no puede más y exclama:

Se vende, aunque dormido en el regazo de su madre.
 Se vende. ¿Por qué debo alimentar a este granuja?
 Chato nació y alado; sus uñas arañan
 profundamente y a menudo entre lágrimas su risa estalla.
 Además es tozudo, charlatán, mirada penetrante,
 salvaje, intratable incluso para con su madre:
 todo un monstruo. Pues será vendido. Si al desembarcar
 algún comerciante quiere comprar un niño, que se adelante.

Pero he aquí que Meleagro una vez más es víctima de las astucias de Eros y cambia de opinión:

Eh, helo aquí que suplica envuelto en lágrimas. No, no te venderé;
 tranquilízate. Quédate aquí viviendo con Zenofila.¹¹

Este dios del amor es un dios terrible; terrible porque es un niño travieso y malcriado del que se pueden esperar los peores males. Meleagro se enfada continuamente con él, y no siempre hace las paces:

Sí, por Cipris, Eros, echaré al fuego todas tus cosas,
 las flechas, el arco y el carcaj de Escitia.
 Las quemaré, sí. ¿Por qué te ríes sin ton ni son, remangando

9. Mosco, "Eros fugitif", *Bucoliques grecs*,
 vol. II, Col. Budé, París, 1953.

10. A. P. V, 177.

11. A. P. V, 178.

tu nariz chata? Pronto reirás con sorna.
 Voy a cortarte las alas con las que guías los deseos
 y a ajustarte los pies con grillos de bronce.

 Vete, criatura irreductible, toma tus sandalias aladas
 y emprende raudo el vuelo hacia otros.¹²

El pequeño Eros alado no es nuevo en la época helenística, lo que sí es nuevo son las alas cortas que aparecen ya en los vasos de Gnatia de finales del siglo IV y en las bodas de Alejandro y Roxana del 327. En cambio las terracotas del Ática del 330 llevan alas largas.

Todos los poetas y artistas coinciden en que el pequeño Eros lleva alas. Todos, menos Eúbulo, quien con cierta ironía se pregunta:

¿Quién fue el primer hombre que describió
 o modeló un Eros alado?
 No sabía más que describir golondrinas,
 y desconocía los modales del dios.
 No es ligero ni fácil
 aliviar al que sufre la enfermedad,
 sino realmente pesado. ¿Cómo puede tener alas
 cosa semejante? Tonterías, si alguien lo dice.¹³

En cuanto a los instrumentos que utiliza para sus travesuras, los más frecuentes son el arco y las flechas que guarda en su carcaj hasta el momento oportuno; y también los poetas hablan de una antorcha con la que quema los corazones.

Otra faceta del niño Eros son sus juegos infantiles. El hombre helenístico gusta de escenificar escenas de la vida cotidiana y no hay nada más familiar que un juego de niños. A Eros le gusta jugar a las tabas y también a la pelota, y como a todo niño le gusta compartir sus juegos con otros niños de su edad. "Es un jugador de pelota el Eros que yo alimento", dice Meleagro.¹⁴ Parece ser que Eros, jugador de pelota, aparece ya en Anacreonte,¹⁵ aunque quizás el término pudo serle sugerido a Meleagro por alguna obra de arte.

Pero como más frecuentemente aparece Eros es jugando a las tabas, tal como lo ha inmortalizado Apolonio en su famoso pasaje del libro III de las *Argonáuticas*. Hera y Atenea van a solicitar la ayuda de Afrodita Cipria para que ésta convenza a su hijo Eros a que hechice a Medea por el amor de Jasón. Cipris les explica el mal carácter de su hijo y el poco respeto que tiene por su madre, pero por fin accede. Va a buscar a Eros y...¹⁶

lo halló lejos, en el jardín florido de Zeus, no solo, sino con Ganimedes, al que una vez Zeus estableciera en el Olimpo, huésped de los inmortales, deseoso de su belleza. Ellos, con tabas doradas, compañeros infantiles jugaban. Y el desvergonzado Eros ya mantenía un puñado lleno del

12. A. P. V, 179.

13. *The Oxford Book of Greek Verse*, n.º 453

14. A. P. V, 214.

15. *Fragm.* 13 page.

16. Todas las traducciones del libro III de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas son originales de Carlos García Gual en *Suplementos de Estudios Clásicos*, n.º 8, Madrid, 1969.

todo con su mano izquierda a la altura de su pecho y un dulce rubor florecía bajo su piel en ambas mejillas. El otro, al lado estaba de rodillas en silencio, confuso. Retenía dos huesecillos, y luego los iba arrojando uno tras otro, y se enfadaba mientras él se reía. Y así perdiéndolos éstos tras los anteriores, se quedó desprovisto con las manos vacías y no vio a Cipris que se acercaba. Ella se colocó frente a su hijo y, cogiéndole la barbilla, le dijo: ¿Por qué te ríes, pillastre?¹⁷ ¿Es que ya le has engañado y sin justicia te aprovechaste de que era un principiante? A ver si eres bueno y me haces el favor que yo te diga. Entonces te regalaría un juguete precioso de Zeus, aquel que le hizo su nodriza Adrastea en la cueva del Ida cuando aún jugaba como un niño pequeño: una pelota espléndida. Otro juguete mejor no lo adquirirás ni de las manos de Hefesto...

Afrodita le describe el juguete y Eros asiente:

El recogió sus huesecillos y, después de contados bien, los arrojó todos al brillante regazo de su madre. En seguida se ciñó el carcaj con su dorada correa, que estaba apoyado en un tronco. Y recogió su arco curvo...¹⁸

Realmente la escena es de lo más gráfico. El Eros de Apolonio es la encarnación del adjetivo sáfico ἀμύχων "irresistible". No está caracterizado como un amante cual los *érotés* del siglo IV. Es un niño alado que puede hacer lo que le plazca. Un niño corriente como Ganimedes no puede nada contra él. La escena de las tabas es conocida por una gema romana que se remonta a un original griego. Asclepiades también habla de *érotés* jugando con tabas, pero eso son los *putti* helenísticos,¹⁹ los amorcillos que luego aparecerán por doquier en las pinturas pompeyanas.

Al margen de estos juegos infantiles con los que Eros pasa sus ratos libres y al margen también de las trampas que realiza en ellos, el niño Eros es un dios maduro en cuanto al amor. Conoce todos los medios posibles para infundir en el corazón más despegado el amor más ardiente y no para hasta que se ha salido con la suya.

Los desafortunados en amor le detestan en el fondo de su alma. "Te odio, Eros", dice Alceo de Mesenia,²⁰ protestando de que le persiga con sus flechas. Algunos poetas emplean el epíteto γλυκύπικρος "dulce y amargo"²¹ que muchos años antes salió de la pluma de Safo.²² Otros le llaman γλυκύδακρυς "de dulces lágrimas",²³ aludiendo a sus frecuentes súplicas entre sollozos. Otros, en fin, le consideran κακομάχος "artífice del mal",²⁴ ἀπότροπον "que debe ser evitado",²⁵ οὐλοσ "destructor".²⁶

Sólo las musas aman a Eros y siguen sus pasos, ayudando a los que le invocan con dulces melodías:

Si quiero celebrar a un mortal o a otro dios
se traba mi lengua y no canta como antaño,

17. Quizá más adecuada la traducción "ma-la pieza", (ἀφρατον Κρυόν)

18. VV. 114-157.

19. Cfr. WEBSTER, *Hellenistic Poetry and Art*, Londres Methuen, 1964, p. 77.

20. A. P. V, 10.

21. Cfr. A. P. V, 134 y 163.

22. Cfr. Safo, fragm. 112, Gallavotti.

23. Cfr. A. P. VII, 419.

24. Cfr. Mosco, frag. 3, Legrand.

25. Cfr. Bión, fragm. 10, Legrand.

26. Cfr. APOLONIO, *Argonáuticas* III, v. 294.



Figurilla de Eros
con una citara.
Egina.



Eros del "Coróplato
de las Victorias".



Eros corriendo.
Tarento.



Eros volando.
Priene.

pero si a Eros y a Licidas dedico mi canto,
alegre fluye mi voz de mis labios.²⁷

A Eros le gusta la música y la voz dulce. Su madre, Afrodita, ya se había preocupado de llevarlo a un maestro para que le enseñara a cantar. Pero el pobre boyero no sabía qué discípulo le había tocado en suerte:

... y yo todos mis cantos bucólicos,
insensato de mí, se los enseñaba a Eros, como si quisiera aprenderlos.
Cómo encontró Pan la flauta oblicua, la recta Atenea,
Hermes la lira, la cítara el armonioso Apolo.
Todo esto le enseñaba. Pero él no se preocupaba de mis cantos,
sino que a su vez me entonaba cancioncillas amorosas y me enseñaba
las penas de mortales e inmortales y de su madre los trabajos.
Y yo olvidé todo lo que había enseñado a Eros
y aprendí todos los cantos amorosos que Eros me había enseñado.²⁸

Esta afición de Eros por la música se refleja en una terracota de Egina en la que aparece con una gran cítara.

Pero Eros no sólo enseñaba cantos amorosos como al pobre boyero, sino que era un buen maestro de amor y hasta Zeus, el padre de los dioses, para obedecer sus mandatos tuvo que atravesar muros de bronce y convertirse en oro para penetrar en un tálamo.²⁹ La única ventaja que tiene obedecerle es que con frecuencia el ser amado ha sido dotado de gran belleza y modelado por el mismo Eros.³⁰ Apuesto le parece Jasón a Medea después que el dios ha disparado su flecha desde los mismos pies del héroe en su corazón.³¹ (Escena basada probablemente en un espejo del siglo iv en el que aparecía Afrodita con el pequeño Eros disparando.)³² Más apuesto le parece todavía cuando se encuentran solos frente a frente al templo de Hécate:

Ambos sin voz y sin palabra se quedaron uno frente a otro, parecidos a robles o grandes abetos, que, seremos en las cumbres, se alzan sobre sus raíces en la calma y luego, de pronto, bajo el golpe del viento agitándose, resuenan en su susurro infinito. Así entonces ellos deseaban dirigirse la voz largamente bajo los soplos de Amor.³³

No sólo le parece hermoso Jasón a Medea, sino que ella bajo el fuego del amor ardía de pasión:

Así Amor hacía refulgir desde la rubia cabeza del esónida su suave llama.
Cautivaba los resplandores de los ojos de ella. Se enardecía en su interior

27. Bión, fragm. 6, Legrand.

28. Bión, fragm. 7, Legrand.

29. A. P. V, 61.

30. A. P. V, 140-155 y 195 bis.

31. APOLONIO, *Argonáuticas* III, vv. 275-298.

32. Cfr. WEBSTER, *op. cit.*, p. 78.

33. VV. 967-72. Los efectos que produce

el amor ("sin voz y sin palabra...") parece que se remontan a Safo (fragm. 2 Gallavotti). De otro lado la temática de dos enamorados que se encuentran por primera vez junto a un templo se desarrolla posteriormente hasta Museo (*Hero y Leandro*), en donde encontramos ecos de esta misma situación.

consumiéndose en sus pensamientos, como el rocío se consume sobre las hojas al calentarse a las luces de la aurora.³⁴

Es este fuego de amor lo que abrasa a Medea para que se decida a dar el hechizo a Jasón. Eros, cuando interviene, inflama los corazones como muy acertadamente expresa Calímaco en un epigrama:³⁵

La mitad de mi alma está aún viva, la mitad no sé
si Eros o Hades la han abrasado...

o, como dice con mucha gracia Zenodoto en otro epigrama, que probablemente iría al pie de una estatua:

¿Quién esculpió un Eros y lo colocó junto a una fuente
creyendo que apagaría este fuego con el agua?³⁶

lo cual no puede menos que suscitar nos la imagen de un Eros travieso mirando el agua con una sonrisa irónica. El tema del agua que no puede apagar el fuego aparece también en la A. P. IX, 420 (Antipater).

El fuego se convierte en un *leitmotiv* para muchos epigramistas. No sólo Eros abrasa, sino que se le identifica con el mismo fuego y como tal se le invoca. Asclepiades dedica dos epigramas a unas héteras que han faltado a una cita. En el primero³⁷ se dirige al fuego por el que Heraclía ha jurado y le pide que le niegue la luz cuando esté con el otro amante:

Fuego, tres veces Heraclía en persona juró en tu nombre
venir y no viene. Fuego, si tú eres un dios
castiga el engaño. Cuando dentro con su amante
al amor juegue, que se extinga la luz y no se encienda.

En el segundo epigrama Asclepiades esperando en vano en casa a Nico llega a la conclusión de que ella falta a su promesa y pide a los esclavos que apaguen la luz sin duda para ir a dormir:

Me prometió venir, caída la noche, la famosa
Nico, y lo juró por la divina Tesmoforo;
pero no viene y pasa ya una vigilia. ¿Acaso quiere
faltar a su juramento? Apagad la luz, esclavos.³⁸

Otro recurso de Eros es hacer a los jóvenes tan hermosos que se parezcan a él. Asclepiades³⁹ usa este procedimiento por lo menos en dos ocasiones, en las que pone de manifiesto que la belleza de los muchachos es ciertamente desorientadora para Cipris:

Si llevaras alas y en las manos el arco y las flechas
no sería considerado Eros sino tú el hijo de Afrodita.⁴⁰

34. VV. 1017-21.

35. A. P. XII, 73.

36. Antología Planudea (B), 14.

37. A. P. V, 7.

38. A. P. V, 150.

39. O quizá Posidipo. Ver el comentario de Gow y Page a A. P. XII, 77.

40. A. P. XII, 75.

Si te pusieras unas alas de oro en lo alto, y de tus hombros de plata pendiera un carcaj lleno de flechas, y estuvieras junto al resplandeciente Eros, querido por Hermes, ni la misma Cipris reconocería al que engendró.⁴¹

Parece probable que Meleagro imitara uno u otro poema en los dos epigramas en que se refiere a Antíoco, hermoso muchacho semejante a Eros:

Niega Cipris haber engendrado a Eros al ver a otro Deseo entre los jóvenes, Antíoco. Ea, jóvenes, amad al nuevo Amor, pues el muchacho ha sido descubierto como un Eros mejor que Eros.⁴²

Si Eros vistiera clámide y no llevara alas, ni sobre los hombros las flechas ni el carcaj, sino sombrero, sí, por el tierno muchachito lo juro, Antíoco sería Eros, o al revés, Eros Antíoco.⁴³

y cuando se refiere a Zoilo:

Si Eros no tuviera arco ni alas ni carcaj ni los ardientes agujijones de los Deseos, no, lo juro por el que vuela, no conocerías por su aspecto quién es Zoilo o quién es Eros.⁴⁴

El mismo poeta desarrolla idea parecida en los epigramas de Eros de Praxíteles,⁴⁵ introduciendo un niño llamado Praxíteles, de tal manera que Praxíteles el niño, Eros, y Praxíteles el escultor forman los términos de dos ecuaciones. En el primer caso Praxíteles, el escultor, ha hecho una estatua de Eros, pero ahora Eros ha hecho una estatua viviente de él mismo, Praxíteles. En el segundo caso Praxíteles, el escultor, ha hecho una estatua, pero ahora ha modelado al mismo Eros en el corazón del poeta.

Como vemos, pues, Eros es objeto de una gran temática en la época helenística. El pequeño dios agrada a poetas y artistas, y todos ellos van creando en torno a su figura una leyenda que se convertirá en mitología. Tanto su aspecto exterior (las alas, el arco, el carcaj y las flechas con las heridas que producen, la antorcha que abrasa, sus sandalias aladas) como su temperamento (niño travieso, juguetón, tramposo, agridulce, zalamero, embaucador, etc.), como los efectos que se derivan de sus intervenciones, son elementos que los poetas y artistas utilizan para hacer con ellos una obra de arte o una poesía. Pero la figura de Eros no se detiene aquí. Sigue siendo centro de interés sobre todo para los epigramistas, quienes le invocan como la razón de sus males de amor y se quejan continuamente de sus disparos malintencionados. Este hecho es curioso y se repite a lo largo de toda la literatura griega: el enamorado atribuye a Eros todas sus penas y se refiere a él como una divinidad poco seria. En cambio, Afrodita es invocada

41. A. P. XII, 77.

42. A. P. XII, 54.

43. A. P. XII, 78.

44. A. P. XII, 76.

45. A. P. XVI, 167 y 204.

generalmente como auxiliadora y remediadora de las penas de amor. Ya Safo había hecho esta distinción entre las dos deidades. Para Afrodita todos los epítetos le parecen pocos y en cambio a Eros lo considera “dulce y amargo, monstruo irresistible”.

La figura de Eros se va modelando entre todos y permanece como un tópicos en la literatura griega. En los poetas tardíos de la *Antología Palatina* sigue apareciendo con todas las características que hemos ido viendo a lo largo de este trabajo. Luciano se referirá continuamente a él en sus *Diálogos de los dioses* y Longo lo immortalizará en el episodio de Filetas de su *Dafnis y Cloe*, episodio que creo oportuno transcribir en la magnífica traducción de Jaume Berenguer en lengua catalana y que recoge como en síntesis todo lo que hemos dicho anteriormente: Dafnis y Cloe están juntos en el campo y se les presenta el viejo Filetas quien les explica lo que sigue:

Tinc un jardí... hi entrava avui cap allà al migdia, quan, sota els magraners i les murtres, veig un minyonet que portava magranes i grans de murtra. Blanc com la llet, roig com el foc, net i lluent com acabat de banyar. Anava nu, estava sol i jugava a collir els meus fruits com si el jardí fos seu. M'he llançat cap a ell per agafar-lo, tement que, amb les seves trapelleries, no em trenqués les murtres i els magraners. Però ell, àgil i lleuger, se m'escapolia, ara esmunyint-se per sota els rosers, ara amagant-se sota els cascalls, com una perdiueta. Jo prou que, de vegades, havia corregut darrera els anyells de llet i moltes vegades m'havia esforçat per atrapar vedellets acabats de néixer, però aquest brivall era una altra cosa i no hi havia manera de caçar-lo.

Fatigat, doncs, de vell que sóc, aguantat-me amb el bastó i tot vigilant que no em fugís, li he preguntat de quin dels meus veïns era i amb quina intenció robava en el jardí d'un altre. Ell no m'ha contestat res, però acostant-se'm m'ha somrigut tan graciosament tot llançant-me grans de murtra que, no sé com, el seu encant ha posat fi al meu enuig. Llavors li he pregat de venir als meus braços sense por, jurant-li per les murtres que el deixaria anar i li donaria pomes i magranes, i que li permetria sempre de collir fruita i de tallar les flors, amb la condició que volgués besar-me.

Llavors, posant-se a riure sorollosament, m'ha fet sentir una veu com no la tenen ni l'oroneta ni el rossinyol ni el cigne, mal que siguin vells com jo.

“A mi, Filetas —digué—, no em faria res de besar-te perquè desitjo més rebre besades que tu tornar a ser jove. Mira, però, que aquest do no sigui poc escaient a la teva edat, ja que la teva vellesa no t'impedirà de voler-me perseguir després, d'aquest únic bes que em demanes. I jo sóc difícil de caçar, fins per un falcó, per una àguila i per tot altre ocell més ràpid que aquests. Jo no sóc pas un infant, encara que ho sembli, sinó que sóc més vell que Cronos, més vell que el mateix temps...”

Havent dit això s'ha enfilat per les murtres com un rossinyol novell i, saltant de branca en branca, entre les fulles ha pujat fins al cim. Li he vist les ales a les espatlles i, entre les ales, el seu petit arc i les fletxes. Si doncs, no he posat endebades aquests cabells blancs, i en fer-me vell no he perdut el seny, us asseguro, fills meus, que és Amor a que són destinats, i Amor té cura de vosaltres.

Dafnis y Cloe se quedaron atónitos con tal descripción y preguntaron a Filetas qué era Amor:

Amor és un déu, minyons: és jove i bell i té ales; per això es complau amb la joventut, cerca la bellesa i dóna ales a les ànimes. Té tant de poder com ni el mateix Zeus; domina els déus, els seus parells; en disposa més que vosaltres no ho feu amb les cabres i les ovelles. Totes les flors són obra de l'amor; aquestes plantes i aquests arbres són creació seva; és per ell que els rius corren i els vents bufen. Jo he vist un brau enamorat, i bramava com picat pel tàvec; he vist el béc estimar una cabra, i la seguia pertot. Jo mateix he estat jove i em vaig enamorar d'Amarillis; i no em recordava de menjar, no prenia beguda ni agafava el son; la meua ànima sofria, el meu cor defallia, el meu cos es glaçava; cridava com si em peguessin, callava com un mort, em tirava als rius com si em cremés...

Ante tal descripción cualquier comentario es vano. Longo aprovecha toda la tradición anterior e incluye al pequeño dios en su novela. Cualquier lector que haya leído atentamente el fragmento se habrá dado cuenta de que los temas son ya conocidos y Longo sólo los noveliza. Pero es suficiente: la figura de Eros tal y como aparece en el *Dafnis y Cloe* ha quedado en la mente de todos. En adelante el niño Eros será un símbolo en la literatura erótica y se esparcirán por doquier pequeñas figuritas suyas. Los latinos la llamarán Cupidus y trasladarán a su religión toda la tradición griega. La línea que sigue el dios más joven es quizá la más larga. Eros no ha muerto todavía. Me atrevería a decir que muchos temas que aparecen hoy en poesías y canciones amorosas se remontan inconscientemente a modelos griegos antiguos. La figura de Eros ha sido y es todavía una de las más atractivas de la mitología helénica.

ALICIA SOLER CARTES